

Una explosiva aventura por entregas

Alberto
Vázquez-Figueroa



SULTANA ROJA

El humo

5^a
entrega

Cada vez más despiadada, cada vez más experta y más cruel, María continúa el implacable camino que se ha trazado.

Poco le falta para llegar al final y ya no puede detenerse.

Cegada por su sed de venganza, está dispuesta a todo, a pesar de saber que se ha convertido en un ser monstruoso.

QUINTA PARTE

EL HUMO

Tenía que ejecutar a un hombre al que admiraba, apreciaba y en cierto modo respetaba.

Y con el que había hecho el amor, de una forma harto satisfactoria en esta particular ocasión, la noche antes.

Y nadie me obligaba a ejecutarle.

¡Nadie me obligaba!

Era una decisión personal, absolutamente ilógica y admito que injusta, puesto que yo no tenía el más mínimo derecho a juzgarle, ni mucho menos a decidir si merecía o no tan terrible castigo.

Me tumbé en una hamaca de la piscina del Tamanaco y mientras observaba cómo docenas de pequeñas avionetas iban tomando tierra en el cercano aeropuerto de La Carlota tras haber pasado el fin de semana en las islas vecinas o en las selvas y llanos del interior del país, me concentré en repasar una y otra vez mi plan de acción.

Admito que hay que tener mucha sangre fría, y ser al propio tiempo muy cobarde para pasarse horas meditando en cómo asesinar un ser humano que confía en ti.

Yo no le odiaba.

Eso ha sido siempre lo más duro; la mayor parte de las veces no odiaba a quienes asesiné, y como tampoco perseguía unos fines económicos, aún continué preguntándome qué absurdas razones me impulsaban a hacerlo.

¿O era más bien la sinrazón?

La sinrazón puede llegar a convertirse en un argumento tan válido como cualquier otro si aceptas de antemano que una parte de tu cerebro no funciona como debería funcionar.

Por lo que yo sé, son muy escasos los cerebros que funcionan con absoluta normalidad y me consta que incluso los de los mayores genios se desestabilizan a menudo por culpa de inesperadas ráfagas de locura, extrañas desviaciones sexuales o absurdas manías impropias de sus privilegiadas mentes.

Y debemos dar gracias al Creador porque así sea.

Si todos los cerebros se comportaran con la perfección de un reloj, no seríamos más que una colonia de abejas en la que cada individuo reacciona al igual que lo vienen haciendo sus antepasados desde millones de años atrás y al igual que lo harán sus descendientes durante un millón de años más.

Por suerte cada cerebro humano es único, y cada uno de ellos evoluciona de una forma distinta.

¿Y quién puede culparnos por ello?

¡Oh, Dios...! Creo que una vez más estoy intentando justificarme cuando suponía que me había aclarado suficientemente a mí misma que no buscaría nuevas justificaciones.

Las decisiones estaban tomadas desde hacía ya mucho tiempo; incluso desde antes de que yo naciera, puesto que empezaba a ser evidente que me habían hecho nacer para conducirme a lo largo de tan tortuoso camino.

Tanto daba que eligiese eliminar al sanguinario terrorista responsable de modo tangencial de la muerte de mi padre, o al ya cansado y arrepentido exterrorista que se había convertido en mi amante y confidente.

Tanto daba.

Era una muerte más.

Y me sentía cansada.

Muy cansada.

Ahora lo sé, pero por aquel entonces aún no había descubierto que el día anterior a una ejecución me siento cansada y deprimida, como si me hubiera bajado de modo brusco la tensión, y que lo único que me apetece es que-

darme muy quieta, meditando o quizá complaciéndome en saber que soy la única testigo de una compleja batalla que se está librando en mi interior.

Luego, cuando al fin esa batalla ha concluido y tengo muy claro qué es lo que voy a hacer, me invade una perentoria necesidad de entrar en acción para llevar a término mi plan lo antes posible.

Pero la muerte de «El Dibujante» no era una muerte cualquiera.

Tenía que estar «exquisitamente» diseñada.

Como una macabra partida de ajedrez.

¡Qué manía!

A decir verdad nunca me ha gustado especialmente el ajedrez.

Esa noche dormí en casa de Lautaro aunque me negué a hacer el amor alegando que me dolía la cabeza.

Me repelía la idea de llevar en mi interior restos del semen de un cadáver.

¡Sucio pensamiento, admito!

Sucio e indigno.

A la mañana siguiente, y en cuanto se marchó al trabajo, «oculté» en el último cajón de la cómoda algunas de las hojas de su diario que más le comprometían, así como varios documentos que le relacionaban de forma indiscutible con ETA, para abandonar el apartamento llevándome el arma que guardaba en la mesilla de noche, una vieja Astra que un auténtico profesional jamás hubiera utilizado, pero que «El Dibujante» conservaba como una amada reliquia.

La envolví en un paño de cocina, y al pasar la oculté en un espeso macizo de flores del pequeño parque infantil que ocupaba el final de la calle.

Tomé un taxi que me llevó directamente al Tamanaco, almorcé en la terraza, pagué la cuenta y a primera hora de la tarde solicité una limusina para que me condujera al aeropuerto de Maiquetia, donde facturé el equipaje en el vuelo que partía hacia París a las nueve de la noche.

En Venezuela resulta aconsejable acudir con tiempo más que sobrado al aeropuerto, no sólo porque de no hacerlo se corre el riesgo de que hayan vendido más billetes de la cuenta y al final no queden plazas libres, sino sobre todo porque a causa del notable flujo de drogas que se embarcan con destino a Europa, los aduaneros tienen orden de registrar y precintar las maletas antes de ser embarcadas.

Tal como esperaba, y como viajaba en Gran Clase, los trámites resultaron bastante más fluidos de lo normal, por lo que al concluirlos disponía de casi dos horas de tiempo hasta el momento de abordar el avión.

De no haber sido así, tal vez Lautaro Céspedes hubiera salvado la vida.

¡Tal vez!

Conmigo nunca se sabe.

En el baño de señoras cambié mi elegante vestido de firma por un amplio mono azul, para encaminarme directamente al aparcamiento de la terminal en el que tres días antes había estacionado una pequeña moto.

Siempre he considerado que cuando se actúa en solitario, la moto es el único vehículo válido a la hora de cometer un atentado.

Confiere autonomía y es rápida y eficaz sobre todo en una ciudad de tráfico tan endiablado como Caracas.

A las siete, ya noche cerrada, había recogido el arma de entre los arbustos.

A las siete y diez Andoni «El Dibujante» descendió del autobús para encaminarse ajeno a cualquier tipo de peligro hacia el portal del pequeño edificio de apartamentos.

A las ocho me encontraba de nuevo en el aeropuerto tras arrojar la vieja pistola por uno de los viaductos de la autopista que desciende a Maiquetia.

A las ocho y media embarcábamos.

Me pasé la mayor parte del viaje llorando.

Era tanto mi dolor y tan incontenible mi tristeza, que incluso la azafata se vio en la obligación de tomar asiento a

mi lado en un inútil intento de tranquilizarme.

No creo que hubiera conseguido explicarle a aquella amable señorita, que probablemente lo peor que había hecho en su vida era acostarse con un piloto casado, que me sentía tan apenada porque acababa de dejar tendido sobre la acera, con un tiro en la cabeza y empapado en sangre, a un moribundo al que en el fondo de mi alma quería y respetaba.

La muerte de Lautaro no fue como las anteriores.

Ni como las que vendrían a continuación.

La ejecución de «El Dibujante» tuvo para mí un significado muy especial, puesto que aunque en el momento de apretar el gatillo no me tembló el pulso y llevé a cabo mi trabajo con indiscutible limpieza, «sabía» positivamente que estaba cometiendo un terrible error al ejecutar a un hombre que no merecía la muerte.

Los crímenes que pudiera haber cometido habían prescrito.

Prescrito no desde un punto de vista meramente legal y por el hecho de que hubiese transcurrido demasiado tiempo desde que los cometió, sino sobre todo desde el punto de vista moral, ya que me constaba que además de arrepentido, Lautaro Céspedes se encontraba realmente aplastado por el peso de sus culpas.

Ahora era yo quien me sentía aplastada por ese peso, pero la diferencia estribaba en que él había asegurado que «se sentía incapaz de continuar matando por ETA», mientras que yo seguía matando por una causa que ni siquiera sabía con exactitud cuál podía ser.

No tenía sentido continuar aferrándome a la idea de que lo único que pretendía era vengar a Sebastián.

Ni yo misma seguía aceptándolo como disculpa.

Sebastián se había convertido en una especie de sombra inconsistente que supongo que incluso me aborrecía por haberle elegido como pantalla tras la que ocultarme a la hora de cometer mis crímenes.

No se lo merecía.

Un hombre tan bondadoso y justo como él, no debía haber sido nunca elegido como símbolo de una «cruzada» tan absurda y diabólica como la que estaba llevando a cabo, y yo era, curiosamente, la primera, y la única en entenderlo así.

Y es que nadie más que yo lo sabía.

Ésa era otra de las razones por las que lloraba tan desconsoladamente en el avión.

Acababa de matar a Lautaro, pero al disparar sobre él había contribuido a matarme un poco más a mí misma.

Cada nuevo asesinato era como una herida abierta por la que se me escapaba la vida.

A veces temo que en mi obcecación lo único que buscaba era suicidarme a base de disparar sobre otros.

Más me valía haberme pegado un tiro a mí misma y acabar de una vez.

Aunque en el fondo es de justicia reconocer que a partir de aquel momento la inmensa mayoría de las personas a las que maté merecían la muerte, y a mi modo de entender Lautaro Céspedes puede ser considerado con toda sinceridad mi postrer error.

Su «postrer error» fue otro, y sin duda mucho mayor que el mío, tal como él mismo reconocía en su diario:

Mi gran error, y el de todos nosotros, se centra en el hecho de no habernos percatado de que ya no tenemos «tiempo material» de convertir Euskadi en una nación propiamente dicha.

Tanta sangre, tantos sufrimientos y tanta violencia resultarán por completo inútiles, puesto que dada nuestra particular posición geográfica, y encaminándose como se encamina Europa hacia una imparable integración económica, legislativa y militar, nuestro papel como nación independiente sería a todas luces ridículo.

¿De qué le serviría ser independiente a un diminuto país encajonado entre España y Francia, que se vería obligado a comprar y vender en una moneda común, depender de los ejércitos de la OTAN, y aceptar leyes comerciales o «cuotas» de producción impuestas por Bruselas?

Desde el momento en que careciésemos de moneda propia, ejército propio o leyes propias, la palabra «independencia» carecería a mí entender de sentido.

A la larga, lo único que conseguiremos será imponer a nuestra juventud, arbitrariamente y por la fuerza, una lengua que de nada les servirá más allá de «nuestras fronteras».

Muy pronto el euskera no será ya más que el llamativo estandarte con el que unos cuantos políticos que juegan a «ser y no ser» sin mostrar nunca sus verdaderas intenciones continúen enardeciendo a un puñado de fanáticos.

Temo que a nuestro sueño de libertad le ocurre como a los grandes transatlánticos: desde que se inventó el avión ha quedado desfasado, y hoy por hoy constituye un lujo que no nos podemos permitir.

Ese convencimiento de que se carecía de «tiempo material» para llevar a buen puerto una idea nacida demasiado tarde pese a que llevara siglos anidando en el pecho de todo un pueblo, parecía haberse convertido en una obsesión para «El Dibujante», ya que continuamente volvía sobre ella en sus escritos, maldiciéndose a sí mismo por el hecho de no haber sabido prevenir con la debida antelación el desarrollo de los acontecimientos.

Cuando, cansada de los ultranacionalismos que la han conducido indefectiblemente a la desesperación y la ruina, la humanidad comienza a encaminar sus pasos hacia una lógica integración, toda voz discordante, en especial si tal voz ni siquiera tiene voto en el concierto de las naciones, parece condenada a quedar ronca o en silencio.

Hace unos días, contemplando en la televisión la increíble riada de hombres, mujeres y niños que abarrotaban las calles y las plazas de la práctica totalidad de las ciudades españolas, gritando «¡Asesinos!» a quienes habían ejecutado tan vilmente al pobre Miguel Ángel Blanco, llegué a la conclusión de que eso era exactamente lo que Andoni «El Dibujante» pretendía plasmar en sus escritos: la voz de una pistola de nada vale frente a las voces que nacen de millones y millones de gargantas.

Y al igual que con su infinito poder los medios de comunicación se convierten casi a diario en un elemento multiplicador de los «logros» de los violentos, en esta ocasión se ha vuelto ferozmente contra ellos, obligándoles a aceptar la magnitud de su propia insignificancia.

Si tras lo ocurrido con el asesinato de Miguel Ángel Blanco los actuales dirigentes de ETA no han comprendido cuán minúsculos son en realidad, es que a mi modo de ver son mucho más cortos de talla mental de lo que suponía.

Aunque resulta evidente que ningún gran hombre ha tomado nunca conciencia de su auténtica grandeza, ni ningún mediocre ha conseguido aceptar nunca la miseria de su mediocridad.

«El Dibujante» no fue un gran hombre, pero tampoco fue un hombre mediocre, y por ello consiguió entender muchas cosas que quienes le sucedieron jamás aceptarán.

Recuerdo que entre los documentos que conservaba en su maleta destacaba un cartel en el que se veía a un hombre tumbado en una sucia colchoneta con un arma apuntándole la sien, bajo el que destacaba la leyenda:

Ángel Berazadi, ejecutado por ETA el 8 de abril de 1976.

Por lo visto, con dicho cartel los terroristas buscaban impresionar a otros empresarios vascos con el fin de que pa-

garan sin rechistar el llamado «impuesto revolucionario» que se les exigía.

Según el propio Lautaro dejó escrito de puño y letra, Berazadi había sido un auténtico nacionalista que había defendido ardientemente el sueño de una Euskadi libre e independiente, pero que no obstante acabó «ejecutado» por el «imperdonable delito» de no haber conseguido reunir a tiempo los doscientos millones de pesetas que quienes se supone que compartían sus ideales le exigían para que dicho sueño continuara siendo una pesadilla.

¿En qué cabeza cabe?

¿En qué grupo de cabezas caben tantísimos errores?

Demasiado a menudo mi cabeza no rige como debiera y mis errores puede que sean monstruosos, pero me queda el consuelo de que los cometo sin ayuda de nadie y no aspiro a formar parte de ninguna «cúpula dirigente».

Es muy posible que esté loca.

Pero no creo que sea estúpida.

Los que matan a hombres como Berazadi o Miguel Ángel Blanco tienen una remota posibilidad de no estar locos, pero abrigo el convencimiento de que son rematadamente estúpidos.

Recuerdo un viejo proverbio ecuatoriano:

Quien caga sobre la mesa acaba comiendo en el retrete.

Y eso fue lo que le ocurrió a Andoni «El Dibujante» y a docenas que, como él, dispararon contra su propio pueblo, lo que a la larga viene a significar tanto como cagarse sobre la propia mesa.

Ahora Andoni había lanzado su último vómito de sangre sobre una sucia acera de Caracas, y en cuanto la policía registrase su apartamento y descubriese los documentos y las

hojas de su diario, no abrigaría la más mínima duda a la hora de dictaminar que se trataba de un «ajuste de cuentas».

¿Y qué otra cosa era, al fin y al cabo?

Un «ajuste de cuentas».

De mis cuentas particulares.

Cuando el sol hizo su aparición sobre un rojo horizonte, ascendiendo con increíble rapidez a medida que el avión volaba a casi mil kilómetros por hora en dirección opuesta, dejé de llorar.

Un nuevo día significaba una nueva página del libro, o el inicio de una nueva jornada de un camino que me constaba que ya jamás abandonaría.

Me encontraba prácticamente sola en la cabina de Gran Clase, a nueve mil metros de altura sobre el nivel del mar, esperando ver aparecer las costas europeas en el horizonte, consciente de que nadie me aguardaba a mi llegada, de la misma forma en que nadie me había despedido en el momento de mi marcha.

¡La soledad!

¡La soledad una vez más!

¡La soledad una y mil veces!

Durante aquel amargo viaje y quizá en el justo momento de ver amanecer sobre el océano, descubrí algo importante y que me aclararía el futuro de una forma definitiva: me gustaba la soledad.

Y más que la soledad en sí, me gustaba aquella agrisulce sensación de saber que no significaba nada para nadie, ni nadie significaba nada para mí.

No importaba dónde me encontrara ni qué estuviera haciendo en un determinado momento; no importaba si estaba sana o enferma, si era feliz o desgraciada, y no importaba si seguía viva o había muerto.

No existía.

Tan sólo quienes me vieran o me dirigieran la palabra tendrían plena conciencia de que era un ser vivo.

Para el resto me había sumido —quizá definitivamente— en la bruma de un amanecer cualquiera.

Una vez más, me había quedado sin familiares, amigos o enemigos.

¿Triste? Triste, en efecto, hasta que descubres que eso es lo que en el fondo te hace feliz porque es lo que has elegido libremente.

Quiero suponer que para la mayor parte de los seres humanos tan absoluta carencia de ataduras constituiría el peor de los castigos, pero no obstante a mi modo de ver se convertía en una rotunda e indiscutible demostración de libertad.

María de las Mercedes Sánchez Rivera había dejado de existir en algún recodo del camino, al igual que dejó de existir «Rocío Fernández, natural de Coria del Río» y muy pronto dejaría de existir la ecuatoriana Serena Andrade.

Era como si día a día fuese muriendo, renaciendo y dejando atrás un pasado sangriento como la serpiente que muda de piel, para reencarnarme una y otra vez en personalidades diferentes, sin que yo misma supiera cuál me pertenecía en realidad.

¿La Sultana Roja, quizá?

¡Qué tontería!

La «Sultana Roja» no es más que un invento de algún fantasioso periodista que oyó campanas sin saber dónde, y al que alguna vez debieron hablarle de una muchacha que no dudaba a la hora de apretar el gatillo.

Y como los apodos de «La Viuda Negra» o «Mantis Religiosa» se los habían adjudicado ya a demasiada gente, inventó una idiotez que suena bien, pero nada tiene que ver conmigo.

Ni soy «sultana», pese a haber nacido en un pueblo de Córdoba, ni mucho menos «roja», puesto que prefiero los hoteles de lujo y los zapatos de marca a las chabolas, la miseria y las alpargatas.

Sin lugar a dudas, «Araña Negra» hubiera sido un sobrenombre más acorde con mi personalidad, puesto que lo que en verdad me gusta es ese tejer en solitario una tupida tela en que hacer caer a mis víctimas, pese a que creo recordar que en alguna ocasión ya he puntualizado que mi primera víctima fui siempre yo misma.

Ahora, encerrada aquí sin más compañía que un cuaderno barato, quiero hacerme la ilusión de que en el fondo lo mío fue una predestinación, y el destino me eligió para que algún día, y a través de tan tortuosos avatares, fuera la encargada de salvar a miles de seres inocentes.

¿Quién, de haber sido yo, habría puesto sobre aviso a las autoridades de lo que estaba a punto de suceder?

¿Quién, sino yo, habría conseguido averiguar que un grupo terrorista se disponía a prenderle fuego a la mitad de las ciudades europeas?

¿Quién, de no haber estado yo, hubiera conseguido evitar tamaña apocalipsis?

Digan lo que digan a la hora de juzgarme, ha quedado claro que de cuantos asistieron a la reunión en la que «Martell» anunció a bombo y platillo que había descubierto la forma de acabar de una vez por todas con «La corrupta sociedad capitalista», únicamente yo hubiera sido capaz de traicionarle.

Todos los demás estaban locos.

Pero locos de otra locura.

Locura de destrucción indiscriminada, mal que a mí no me afecta puesto que siempre he tenido muy claro a quién pretendo destruir.

El caso de Lautaro es diferente.

Lloré su muerte.

Pero estoy convencida que de la docena larga de hijos de la gran puta que se reunieron a escuchar la arenga de «Martell» ni uno solo hubiera llorado por los miles de víctimas que un gigantesco incendio hubiera provocado.